

II.
UNION Y GLORIA.

Saludo de brindis al enlace de las banderas inglesa y española, que adornaban el ramillete de un convite entre marineros de ambas naciones, formándose de las dos una sola insignia.

Así enlazadas y jamas opuestas
Las britanas banderas y españolas,
Siempre del Corso (1) á la ambicion funestas,
Descuellan por los campos y las olas.
¡Qué valen hierros que la infamia forje,
Si en este enlace generoso y blando
La mano experta del anciano Jorge
Sostiene al jóven é infeliz Fernando?
Sólo á esta doble insignia corresponde
Dar vuelta ufana al orbe agradecido,
Mientras en Francia el tricolor se esconde,
Triste blason del mundo envilecido.
Grata á un tiempo á los fuertes españoles,
¡Oh noble insignia y los ingleses bravos,
En la feliz comarca en que tremoles
Bastará á anunciar que no hay esclavos.
Del continente, al fin, verás lanzado
Al Corso monstruo á su infernal destino;
Ya que el valor inglés ha decretado
Que no será jamas monstruo marino (2).

III.

El marido paciente.

¡Hasta chismosa has de ser!
¡Hasta de vergüenza poca!
¡Hasta presumida y loca!
Dijo Fabio á su mujer.
¡Jesus, qué mal humor gastas!
(Respondió ella con viveza);
Yo no sé cómo hay cabeza
Que pueda aguantar tus astas.

IV.

Á una moza que se preciaba de tener muchos cortejos, y se le caían los dientes.

Pepa tiene por despojos
Mil amantes que la quieren;
Y ella dice que se hieren
En las flechas de sus ojos.
Yo digo; Pepa, es mentira,
Tus ojos son inocentes;
Tu boca no, que los dientes
En lugar de flechas tira.

V.

A una morena que negaba su amor.

Niega estar enamorada
Cierta morena hermosa:
La creen porque lo jura
Sin ponerse colorada.
Al contrario, yo presumo,
Del juramento á despecho,
Que guarda fuego en su pecho,
Pues le sube al rostro el humo.

VI.

A un diarista.

Hay cierto censor mensual,
Periodista atrabiliario,
Que criticando el diario
Se quiere hacer inmortal.
Quien de este Caton moderno

(1) Napoleón.

(2) Acababa de verificarse la completa destrucción y quema en la ensenada de Basque de una expedición enemiga que iba á reforzar sus ejércitos en España.

La loca esperanza arguya,
Lea una página suya,
Y ¡qué le parece eterno!

VII.

Sobre el que se llamaba viajero universal sin salir de Madrid.

Brotando más que el Vesubio
Llamas de orgullo, aquí viene
Un viajero, que tiene
El título del diluvio.
¡Gran plagiarío!—Poco á poco,
Lector, y no me lo ultrajes:
El no habrá hecho los viajes
Pero la historia tampoco.

SONETOS.

I.

Las señas.

Perdí mi corazón, ¡le habeis hallado,
Ninfas del valle en que penando vivo?
Ayer andando solo y pensativo,
Suspirando mi amor por este prado,
El huyó de mi pecho desolado,
Como el rayo veloz, y tan esquivo,
Que yo grité: «Detente, ¡oh fugitivo!»
Y ya no le vi más por ningún lado.
Si no le conocéis, como en un ara
Arde en él una hoguera, y cruda herida
Por víctima de Silvia le declara.
Dadle por vuestro bien, que esa homicida
Le hizo tan infeliz, que adonde pára
Mi corazón, ya no hay placer ni vida.

II.

Vénus burlada.

Vió Vénus en la alfombra de esmeralda
De un prado á mi adorado bien dormido,
Y engañada, creyendo ser Cupido,
Alegremente le acogió en su falda.
La frente, le ciñó de una guirnalda
Y por hacer temible su descuido,
Puso en sus manos un arpon bruñido
Y la aljaba le cuelga de la espalda.
Hijo (le iba á decir), mas despertando
Mi Silvia la responde con enojos,
La aljaba y el arpon de sí arrojando:
«Toma, madre engañosa, esos despojos,
Porque me son inútiles, estando
Sin ellos hechos á vencer mis ojos.»

III.

La guarida de amor.

Amor, como se vió desnudo y ciego,
Pasando entre las gentes mil sonrojos,
Pensó en buscar unos hermosos ojos
Donde vivir oculto y con sosiego.
¡Ay Silvia! y vió los tuyos, vió aquel fuego
Que rinde á tu beldad tantos despojos,
Y hallando satisfechos sus antojos,
En ellos parte á refugiarse luego.
¡Qué extraño es ver ya tantos corazones
Rendir, bien mio, los soberbios cuellos,
Y el yugo recibir que tú les pones,
Si á más de que esos ojos son tan bellos,
Está todo el amor con sus traiciones
Haciéndonos la guerra dentro de ellos!

IV.

La vida media.

¡Qué importa que del cielo disparado,
Un rayo la soberbia torre abata,
Si de mi choza la cubierta chata
Me tiene á sus insultos resguardado?
Y si mientras del viento el mar hinchado,
Contra el escollo naveis arrebatada,
Estoy al fuego, entre familia grata,
Asando mis castañas, ¡qué cuidado?
Árdase el orbe entero en la braveza
Y en las guerras de Marte sanguinoso;
Que si de Silvia, por mayor fineza,
Besos me da de paz el labio hermoso,
¡Habrás opulencia igual á mi pobreza,
O ajena dicha me tendrá envidioso!

V.

El no.

¡Ay, cuántas veces á tus piés postrado,
En lágrimas el rostro sumergido,
A tus divinos labios he pedido
Un sí, criuel, que siempre me han negado!
Y pensando ya ver tu pecho helado
De mi tormento á compasion movido,
En vez del sí, ¡ay dolor! he recibido
Un no, que mi esperanza ha devorado.
Mas si mi llanto no es de algun provecho,
Si contra mí tu indignacion descarga,
Y si una ley de aniquilarme has hecho,
Quitame de una vez pena tan larga,
Escóndeme un puñal en este pecho,
Y no me des un no que tanto amarga.

VI.

La flor temprana.

Suele tal vez, venciendo los rigores
Del crudo invierno y la opresion del hielo,
Un tierno almendro desplegar al cielo
La bella copa engalanada en flores;
Mas ¡ay! que en breve vuelve á sus furores
El cierzo frio, y con funesto vuelo
Del ufano arbolillo arroja al suelo
Las delicadas hojas y verdoros.
Si tú lo vieras, Silvia, «¡Oh pobre arbusto,
Dijeras con piedad, la suerte impia
No te deja gozar ni un breve gusto!»
Pues repítelo, ingrata, cada dia;
Que el cierzo frio es tu rigor injusto,
Y el triste almendro la esperanza mia.

VII.

Los desvelos.

Queda dormido sobre el duro leño
El marinero, de bogar cansado,
Duerme, y á los sentidos del soldado
Marte ofrece tambien dulce beleño.
Duerme el sabio despues que con empeño
Gran rato en su bufete ha meditado;
Sin hacer nada, el necio embelesado
Vase entregando poco á poco al sueño.
Yo solamente del comun reposo
No disfruto un momento, un breve rato;
Pues ¡cómo ha de vivir sino angustioso
Quien está viendo, Silvia, tu retrato,
A todas horas celestial y hermoso,
Pero á ninguna compasivo y grato!

VIII.

El desconcielo.

Crecido con las lluvias de repente
Rompe el río las márgenes que baña,
E inundando sus aguas la campaña,
Arrasa frutos, árboles y gente,

Al pastor, que asustado y diligente
Se subió, por librarse, á la montaña,
Ve desde allí el ganado y la cabaña
Envueltos en el rápido torrente.
Y aquel vivo dolor con que afligido
Mira ahogadas las tímidas ovejas,
Para siempre llorándose perdido,
No equivale á la angustia en que me dejas,
Silvia, cuando tu labio endurecido
Responde con desdenes á mis quejas.

IX.

La desesperacion.

Inhumano destino, dura suerte,
Furia de amor cebada en abatirme,
¡Cuándo te cansarás de perseguirme,
Y yo descansaré de padecerte!
Mas tu cruel constancia ya me advierto
Que en el averno has hecho voto firme
De no cesar con penas de afigirme
Hasta el instante mismo de mi muerte.
Muerte, pues si remedio de mis males
Has de ser, ¡en qué tarda tu venida?
Corta ya mis espíritus vitales;
No tu pálido aspecto me intimida,
Que será el ver que pisas mis umbrales
El único placer que tuve en vida.

X.

Antes de partir.

Silvia, ya raya el día, y juntamente
La hora que á mí partir prescribe el hado;
Suave respira el viento, el mar salado
Lamiendo ya las playas blandamente.
Antes, bien mio, que de tí me ausente,
Bien pudieras hacerme afortunado,
Y con suspiros de tu pecho helado
Moderar el dolor que el mio siente.
Ellos serán mi aliento en el camino;
Y cuando más de tí me halle distante,
Será mi vida este favor divino.
Los años volverán su giro errante;
Pero, á pesar del tiempo y del destino,
Partiré triste y volveré constante.

XI.

Adios á una fuente.

Quédate adios, ¡oh cristalina fuente!
Harto tiempo mi llanto has conocido
Con tus aguas mezclarse, y mi gemido
Quejarse de una ingrata inútilmente.
Quédate adios: no quiero yo se cuenta
Que turbar tu reposo he pretendido
Con voces que se pierden en su oído
Como en el mar tu líquida corriente.
No te emponzoñe vibora nociva,
Ni te turbe del viento la braveza
Hasta que el mar undoso te reciba.
Y ojalá el corazón de mi belleza
No inite tu inconstancia fugitiva,
Sino de tus cristales la pureza.

XII.

Brindando á las damas.

Vénus divina, madre de placeres,
Baja de tu mansion afortunada,
Pues miras esta mesa coronada
De la brillante flor de las mujeres;
Baja gozosa, y si dejar sintieres
El coro de quien eres festejada,
Ninfa verás aquí más agraciada
Que cuantas te acompañan en Citeres.
Y si de tu jardín entre las flores
Al placer dejas y al amor dormidos,
No los despiertes, ni su ausencia llores,

Baja, que aquí hallarás nuevos Cupidos,
Pues tienen estas damas mil amores
En sus hermosos ojos escondidos.

XIII.

Al visitar SS. MM. la imprenta Real (1818).
Gime la prensa cuando al pliego ajusta
Vuestro nombre, Isabel, y el de Fernando;
Gime, y es de placer de estar gozando
De amos Monarcas la presencia angusta.
Materia hallar quisiera más robusta
En que imprimir, la gloria eternizando
De un Rey al pueblo tan benigno y blando,
De una Reina tan bella, amable y justa.
Mas no, Fernando: ni á la huella intensa
Del buril, ni al pincel en sus matices
Cede en tu obsequio la afanosa prensa;
Que es su blason con tipos y matrices
Llevar tu voz á una distancia inmensa,
Y á doquier que la lleva hacer felices.

XIV.

En igual ocasion.

Á LOS SERENÍSIMOS SEÑORES INFANTES.
No tanto de placer queda colmada
La ansiedad del cansado caminante,
Cuando alzando los ojos ve delante
Las torres de la villa deseada;
Ni con júbilo igual ve recobrada
Su libertad la tortolilla amante,
Volando al dulce nido en el instante
Que rota ve la pérfida lazada;
Como al ver la bondad y gracia unida
De Carlos y Francisca, alegre aclama
La imprenta, á su favor agradecida.
Las letras sirven bien á quien las ama;
Tiempo vendrá en que paguen su venida
Con la inmortalidad y con la fama.

XV.

Á unos amigos que le reconvenían sobre su olvido de la poesía.

Ceden del tiempo á la voraz corriente
Recias pilastras y columnas duras,
Las cúpulas rindiendo, que seguras
Se sustentaban en su excelsa frente.
Caduco desde el Líbano eminente
Baja el añoso cedro á las llanuras,
Ayer frondoso adorno en las alturas,
Hoy triste cebo en el hogar ardiente.
Contra la destruccion tampoco abrigos
Halló mi musa; que si busca ansiosa
Versos que ya la esquivan enemigos,
Sólo á ofrecer se atreve, afectuosa,
Verdad, y no ilusion, á mis amigos;
Caricias, no cantares, á mi esposa.

XVI.

Ofreciendo á una belleza una guirnalda hecha toda de mariscos.

Cuando del mar las ondas cristalinas
Vieron nacer de Vénus la hermosura,
No adornaban su frente ó su cintura
Mirtos de amor ni rosas purpúras;
Pero el agua le dió galas marinas,
Perlas de su garganta á la blancaura,
Y por guirnalda á su frente pura
Caracoles y cenchas peregrinas;
Esa gracia y beldad que en tí descuella,
Junto á la mar nació; pues no repares
En dar marino adorno á tu sien bella,
Para que en todo á Vénus te compares,
Y todos digan al mirarte: «Es ella,
En el momento en que nació en los mares.»

XVII.

Á una dama que acompañaba á su marido en campaña.

Marfisa duerme, y puestos á su lado
Amor y Marte, cada cual blasona
Dar á sus bellas sienas por corona,
Este su lauro, aquél su mirto amado.
Mia es la acción, protesta el dios airado,
Que ante mi huerte fué bella amazona;
Sí, pero al verla en ella (Amor razona),
Sin suspirar de amor no hubo soldado.
Ella es Pálas, que vuelve en sangre rojos
Los campos que admiraron su belleza.—
Ella es Vénus.— Marfisa abre los ojos;
Y ¡ay! que Marte, depuesta la braveza,
Pone á sus piés el lauro por despojos,
Y al punto Amor el mirto en su cabeza.

XVIII.

Al casamiento de la bella Rosa en los primeros días de la primavera.

No risueña, cual tiene de costumbre,
Salió la aurora ayer en el oriente,
Sino turbado el oro de su frente,
Llena de languidez y pesadumbre.
La precursora Vénus, cuya lumbre
Va ahuyentando las sombras á occidente,
Al verla caminar tan tristemente,
Le preguntaba así con mansedumbre:
«¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¿Te es acaso
La primavera menos obsequiosa?
¿Quiere darte la flor ó el fruto escaso?»
«¿Qué primavera, dice, madre hermosa,
Si apenas doy en ella el primer paso,
Y ya me voy sin la primera rosa!»

XIX.

Al cumpleaños de Maraya R..., célebre poetisa inglesa.

Dame, Apolo, que pase en versos suaves
Del pecho al labio un tierno sentimiento,
Cantaré de Maraya el nacimiento,
Así como el del sol cantan las aves.
Yo conocí por ella, y tú lo sabes,
La gracia unida al varonil talento,
Y al ver sus ojos dije: *Amor, te sienta;*
Y al ver sus versos: *Lésbos, no te atabas.*
Sí; nueva Safo en su expresion contemplo,
Safo en sus versos dulces y elegantes;
Dos Safos cuente de la fama el templo;
Mas ¡ay! que, por senderos bien distantes,
Safo á Léucate honró con triste ejemplo,
Y ésta da el precipicio á sus amantes.

XX.

Á la entrada victoriosa del general Ricardos en Colluvre.

Pisa Ricardos la ciudad tomada,
Y entre el tropel de la vencida gente,
Febo divino, Marte arripotente,
Salen también á celebrar su entrada.
Febo le toma la invencible espada,
Y con laurel eterno alegremente
Ciñe y enjuga la gloriosa frente,
De espeso polvo y de sudor bañada.
Contempla Marte el ademan bizarro,
Y al ver que resplandece en su semblante
La gloria de Cortés y de Pizarro,
Alargóle la diestra fulminante,
É hizo montar en su soberbio carro
Al domador del Rosellon triunfante.

XXI.

Mis deseos.

Si Dios omnipotente me mandara
De sus dones tomar el que quisiera,

Ni el oro ni la plata le pidiera,
Ni imperios ni coronas deseára.
Si un sublime talento me bastára
Para vivir feliz, yo lo eligiera;
Mas ¿qué de sabios recordar pudiera
A quien su misma ciencia costó cara?
Yo sólo pido al Todopoderoso
Me conceda propicio estos tres dones,
Con que vivir en paz y ser dichoso:
Un fiel amigo en todas ocasiones,
Un corazon sencillo y generoso,
Y juicio, en fin, que rijá mis acciones.

XXII.

Consejos á un militar.

Si por la noble senda del dios Marte
Subir quieres al templo de la Fama,
Y arrebatar allí la verde rama,
Que la envidia jamas podrá quitarte;
Es fuerza, oh Blanco, á los estudios darte,
Pues en las glorias á que el dios te llama,
No sirve ya el valor que el pecho inflama,
Si no lo templa y modifica el arte.
Es bien que por modelo te presentes
De altos varones la inmortal caterva
Que en letras y armas fueron excelentes.
Pues el lauro que Marte se reserva,
Para darlo por premio á los valientes,
Se lo da por la mano de Minerva.

XXIII.

A la batalla de Salamanca.

Sofñaba yo, y en lecho damasquino
Una hermosa matrona vi dormida,
Y entre su misma prole acometida
Por un tirano y pérfido Tarquino.
En vano intentan del fatal destino
Sus hijos redimir á la afligida;
Que ellos sin armas luchan por su vida,
Y armado estaba el bárbaro asesino.
Ya el traidor casi su maldad corona,
Cuando junto á las márgenes del Duero
Se alza un hijo de Marte y de Belona.
Vuela, llega, derriba al monstruo fiero;
Y era la Iberia la infeliz matrona,
Y era Wellington el audaz guerrero.

XXIV.

En un convite, brindando por la última batalla ganada en España por el Duque de Ciudad-Rodrigo.

Venid, Ticianos, á ilustrar pinceles;
Fidias, llegad á eternizar metales;
Prevenid plumas, cisnes inmortales;
Prodigad, musas, cantos y laureles.
Seréis divinos cuanto seáis más fieles,
Pintando, ya de Galia en los umbrales
Al Cid britano, y de pavor mortales,
Huyendo de él los vándalos crueles.
Unid al cuadro en mágicos colores
La independencia hispana y su alta gloria,
Como hermanas gozándose entre flores,
Y si queréis más timbre á su memoria,
Llamadle *vencedor de vencedores*,
Y á su triunfo *victoria de Vitoria*.

XXV.

Sobre el modo grosero con que algunos periodistas extranjeros hablaban acerca de los asuntos de España en el año de 1810.

¡Tres años de proezas singulares,
Sitios, asaltos, lides carniceras,
En que del Corso las legiones fieras
El acero español siega á millares!
¡Hallarse, Iberia, yermos tus hogares,

O en ellos luto y quejas lastimeras;
De tus hijos por todas las riberas
Bajando sangre á enrojecer los mares!
¡Ver la flor de Aragon y de Castilla
Que al cautiverio la cerviz prosterna
Primero que al tirano la rodilla!
¡Y á tanto honor con frases de taberna
La gacetera chusma áun amancilla!.....
¡Raza de Luis Freron (1), serás eterna!

XXVI.

Sentimientos de la España al tiempo de la partida de su legítimo Rey en 1808.

Triste la España, «¿dónde vas, Fernando?»
Al hijo fugitivo dice ansiosa;
Y él sigue, y deja de su madre hermosa
Llevar los vientos el acento blando.
Ya la materna falda abandonando,
Pisa de Francia la ribera odiosa;
Y aun está oyendo aquella voz piadosa,
Que le repite «¿dónde vas?», llorando.
No ve ya al hijo la infeliz matrona:
Mas su voz oye, que con regio brío
Dice: *Tirano, es mia esa corona.*
Ella, al primer dolor gritó: *¡hijo mio!*
Mas luégo, vuelta al déspota en Bayona,
Dame á Fernando, exclama, ó tiembla, ¡impro!

XXVII.

La crueldad de la muerte.

Envuelta en sombras, alta la guadaña,
Trazando golpes de dolor profundo,
Iba la muerte recorriendo el mundo
Desde el alcázar regio á la cabaña:
Cuando en aquel que Manzanares baña
Fijando el ceño torvo y furibundo,
Miró á la esposa real, de su feundo
Seno mil glorias prometiendo á España,
¡Dos víctimas! gritó el espectro fiero.
¡Llanto de reyes! ¡pueblos afligidos!
¡Oh qué deleite! y descargó el acero;
Y dejando en un féretro tendidos
Ambos despojos, se encumbró altanero,
Triunfando entre lamentos y gemidos.

XXVIII.

Al valor y demas virtudes militares más dignamente premiadas.

Tú, que audaz recorriste sin cansarte
Los reinos de Cibéles y Neptuno,
Superando los riesgos uno á uno
Que al constante valor presenta Marte;
Tú, que de Iberia un tiempo baluarte,
Y hoy rayo á los rebeldes importuno,
Lidias porque en el orbe no haya alguno
Que de tu patria insulte el estandarte:
Yo te saludo, ¡oh bravo sin pretextos!
Soldado entre soldados sin segundo,
Norma igual de leales y modestos:
Y de mi pecho digo en lo profundo:
Cifia mi rey muchos laureles de éstos,
Y yo le fio rey de todo el mundo.

XXIX.

A la memoria de D. Mariano de Arriaza, hermano del autor, muerto gloriosamente de un tiro de artillería en la defensa de Madrid contra Napoleón, al amanecer del 4 de Diciembre de 1808.

Hoy se presenta á la memoria triste
Tu fin sangriento, ¡oh malogrado hermano!
Con tanta pena, que la gloria en vano
Tu cara imagen de laurel reviste.

(1) Célebre periodista violento y maldiciente del tiempo de la Revolución francesa. (Nota del Colector.)

«Viva mi patria y muera yo», dijiste,
Firme en el muro y con espada en mano;
Responde el trueno del cañon tirano,
Y envuelto en sangre á su rigor cediste.
Consternacion, pavor, silencio y llama
Siguió al desmayo de tu brazo fuerte,
Y sobre tu sepulcro se derrama.
¡Ay! que tambien en el morir hay suerte;
Que el terror mismo enmudeció á la Fama,
Y el mundo ignora tan gloriosa muerte.

XXX.

La real ofrenda.

La humilde lira, cuyos tristes sonos
Escuchásteis cautivo en tierra extraña,
Cuando esparciendo luto, en noble saña
Inflamaba por vos los corazones;
La voz que os saludó con sus canciones
Al bajar de Pirene la montaña,
Clamando «vuelve al trono», de tu España
Serenando disturbios y facciones;
La que lejos de vos tan vuestra ha sido,
Que ni la amancilló poder tirano,
Ni autoridad intrusa, ni partido;
Esa hoy eleva á vuestra régia mano,
Señor, cuanto su amor le ha sugerido
En gloria vuestra y del renombre hispano.

XXXI.

Entrada en Madrid de la Reina, nuestra señora (1819).

Vi á la Modestia huyendo ruborosa
Ojos, que la buscaban á millares;
Bella como la perla de los mares
Suele salir, ó del boton la rosa.
Vila con sencillez majestuosa
Recibir los aplausos populares,
Cual si fuera tributo á otros altares
El que se diera á su presencia hermosa.
Vila al palacio con graciosa huella
Subir, dando miradas de dulzura
Al pueblo, que por verla se atropella.
Y al fin, llegando á la suprema altura,
Vi sentarse en el sòlio á par con ella
La Gracia, la Virtud y la Hermosura.

XXXII.

Sobre la situacion de España en el año 1820.

En vano, oh patria, la soberbia Roma
Cien lustros te oprimió sin humillarte;
En vano otros cien lustros sin domarte
Te fatigó el alfanje de Mahoma;
Por cima de Pirene en vano asoma
Del opresor de Galia el estandarte;
Que pronto, en mengua de su furia y arte,
Su temido coloso se desploma;
En vano te probó con cien campañas
La Discordia, en conflictos tan prolijos,
Moviendo contra tí gentes extrañas:
Siempre el monstruo hallará tus hados fijos;
Mas ¡ay! teme se oculte en tus entrañas
Y arme en fin contra tí tus propios hijos!

XXXIII.

LA GLORIA MILITAR.

En obsequio de nuestro heróico libertador.

¡Qué importa que á valientes que tú escojas
Ciñas la frente, oh Gloria, de laureles,
Si la razon los tilda de crüeles
Y el interes se esconde entre sus hojas?
¡Ay! por sendas de horror, en sangre rojas,
Y al fulgor de incendiados chapiteles,
En carro asolador llevarlos sueles,
Despreciando lamentos y congojas!

«¡Quieres un triunfo ver, dice la Gloria,
A que aplaudir la humanidad no tema;
Sin ambicion ni estrago una victoria?
» ¡Quieres un héroe de bondad suprema?
Quita los ojos de la antigua historia;
Mira en España al Duque de Angulema.»

XXXIV.

EN EL DIA DE SAN FERNANDO.

El deseo inútil.

Canta, me dice un natural deseo
De obsequiar en su dia al Soberano;
Calla, me dice Apolo, que es en vano,
Pues yo la lira no te di de Orfeo.
Pero este gozo que en los rostros leo,
Este ansioso postrarse al sòlio hispano,
Este amor al delirio tan cercano,
¿Se ha de entregar sin canto al vil Leteo?
¿No está, responde Apolo, en compañía
Del Rey la excelsa Amalia, á quien ni escaso
Su llama dió el Amor, ni yo la mia?
Pues de su labio en prosa, ó verso acaso,
Vale más: «Ten, Fernando, un feliz dia»,
Que todos los elogios del Parnaso.

XXXV.

EN EL MISMO DIA.

Al rio que pasa por Aranjuez.

Tajo, tú, que el furor de las pasiones
Remedas en cascadas rumorosas,
Y luégo espejo claro entre las rosas,
Nos retratas de Amalia las facciones;
Alza la frente, á mis alegres sonos,
De la dorada arena en que reposas,
Y oye cuál tus orillas venturosas
Resuenan en aplauso y bendiciones.
A Fernando su pueblo las ofrece,
Y hoy se venera su bondad propicia,
Que tanto, oh rio, á tí se te parece;
Pues, como tu corriente, su justicia
Con los soberbios riscos se embravece,
Y á las sencillas flores acaricia.

XXXVI.

Oyendo anunciar las campanas las exequias del Dos de Mayo.

Al anual luto, de un tirano insulto
Contra la lealtad de un pueblo entero,
Hoy nos llama con eco lastimero
El metal hueco, en religioso culto.
Lágrimas pide el sentimiento oculto
Que aun guarda el corazon de hecho tan fiero:
Lágrimas ya; que sangre ¡harta el acero
Vertió en venganza al infeliz tumulto!
Siete giros dió el sol ántes que viera
La espada deponer con que lidiando
Fatigó al corso la nacion ibera.
¡Gloriosa lid, pues terminó lanzando
Al ancho mar la coronada fiera
Y volviendo á su trono al rey Fernando!

XXXVII.

En el aniversario de la entrada del Rey, nuestro señor, en Madrid á su vuelta de Francia.

Católico monarca, que has vencido,
Siendo escudo á la fe de tus mayores,
Más que del fiero Marte los rigores,
Las perfidias de un siglo corrompido.
Tú, que Fernando y español nacido,
Colmaste nuestros votos y clamores,
Doblando así la afrenta á los traidores
Con dos títulos más de ser querido;

XLI (2).

A la corpulenta Marquessa de..., que había publicado contra ARRIAZA, en el *Diario*, una carta, escribiendo con z la palabra *poetisa*.

Tiró el cordon, sonó la campanilla,
Pidió para escribir lo necesario,
Y en un sillón como un confesonario,
Arrellanóse Marisabidilla.
Apolo, que al respaldo de la silla
Olfateaba el flujo literario,
La oyó cotorrear para el *Diario*.
¡Qué carta! ¡Qué dicción! ¡Qué tarabilla!
Y al fin le dijo: «*Poëtisa*, hermana,
Y no *poetiza* ha de escribir. Mañana
Cómprese por dos cuartos la cartilla,
Y cuando ya á las letras me responda,
La llamaremos *Marisabihonda*,
Que es muy pandorga para *Sabidilla*.»

XLII.

Viendo á Su Majestad visitar la imprenta Real.

Gran Rey, vos que con pasos vencedores
Del rigor de los hados enemigos,
Visitásteis los presos y mendigos,
Convirtiendo sus lágrimas en flores;
Ved ya como la prensa en sus sudores
Prepara á esa virtud fieles testigos,
Pues delante de Príncipes amigos
No gime, sino canta sus loores.
El taller de Minerva en un momento
Caractéres movibles combinando,
Retrata el fugitivo pensamiento.
¡Ah! Si al de tus vasallos ahora dando
Una sola expresion, un solo acento....
¿Qué dijera el papel?..... ¡Viva Fernando!

XLIII.

El jugador.

Éste sí que es el modo verdadero
De aprovechar el tiempo; ésta sí es brava
Ocupacion, en la que ayer estaba
Con sus sentidos cinco un hombre entero.
Decia yo: A la izquierda del banquero
Caerán el as y el tres; no lo acertaba:
¿Parece que la cosa no importaba?
Pues importó todito mi dinero.
Y aun más, que mi palabra es muy segura,
Y sobre ella tambien quiso fiarme
El otro, que fiaba en su ventura.
Perdí, me sofoqué; y al retirarme
Me dió un aire, cogi una calentura,
Y no tuve despues con qué curarme.

XLIV.

A los que con sólo una tintura de gramática creen poder juzgar en toda la literatura, aplicándoles la sentencia de Apéles: *Ne sutor ultra crepidam*.

Ante los ojos del concurso griego
Puso Apéles un rasgo de su mano;
Era la copia del pastor troyano,
Causa fatal del memorable fuego.
Consultaba el pintor con blando ruego
Los votos de uno y otro ciudadano:
Censura la sandalia un artesano,
Y el divino pincel la enmienda luégo.
Entónces, lleno de soberbia el necio,
Pretende hacer ridiculo aparato
De todo su saber, y en tono recio
Censuró lo más bello del retrato;
Pero Apéles, volviendo con desprecio,
Le dice: *Zapatero, á tu zapato*.

(2) Debemos tambien este soneto á la bondad del señor de Mesonero Romanos. (Nota del Colector.)

Hoy renueva, señor, Madrid el gusto
De haberte visto regresar triunfante
De la opresion de un invasor injusto.
¡Cuánta gloria no encierra un solo instante,
Pues da á tu sacra sien lauro el más justo,
Y al pueblo libre palma de constante!

XXXVIII.

En el día del cumpleaños de la Reina, nuestra señora.

Vuelve, aurora feliz; que la tormenta
Con que nos afligió discordia impia,
No permitió á la España hasta este dia
Tranquila ver ni saludar contenta.
Luce serena ya, y el brillo aumenta
Con que sirves al sol de hermosa guia,
Dando á mi reina en años de alegría
Cuantos de amargo afán momentos cuenta.
Muéstrale que no siempre rodeado
El hispano dosel se halla de susto,
Ni siempre hay penas de Fernando al lado;
Sino que en paz ya gozarán del gusto
Que sólo á su alma bella es adecuado,
De hacer el bien y de premiar al justo.

XXXIX.

Al descubrirse desde el camino al real monasterio del Escorial, en ocasion del besamanos por el aniversario de la restitucion del Rey, nuestro señor, á sus dominios.

Ved el gran panteon del gran monarca,
Prodigio de las artes en el suelo,
Que al mundo oculta, y recomienda al cielo
Los más nobles despojos de la Parca.
Su ostentacion el límite demarca
El mortal flaco en su ambicioso anhelo;
Y uniendo el sòlio á la mansion del duelo,
El poder y la nada á un tiempo abarca.
¿Quién hoy mitiga aquel adusto ceño
Que esparció por sus muros la victoria
Cuando de San Quintin trajo el diseño?
¿Quién ha de ser, sino la anual memoria
Del dia á las Españas tan risueño
Que á Fernando volvió su cetro y gloria!

XL.

A la señora Dalmani Naldi (1).

¡Oh tú, que á la region de la armonía
Me elevas, y en acentos seductores,
Nuevo Orfeo, mitigas los horrores
Que atormentan sin fin el alma mia!
Si admiro, oh gran Rossini, cada dia
En la gentil *la Sala* tus primores,
Su labio de coral volviendo en flores
Los frutos de tu amena fantasia;
En la *Naldi* tu magia aun más campea
Cuando con suave y celestial dulzura,
Bella alma generosa, nos recrea;
Pues parece que, absorta en su ternura,
Baja la misma Vénus Citeréa
Y le concede en premio la hermosura.

(1) Debemos la comunicacion de este soneto á nuestro ilustre y amado amigo don Ramon de Mesonero Romanos, que lo ha conservado en su maravillosa memoria durante medio siglo. Ha tenido la bondad de escribirlo á ruego nuestro, y nos lo ha enviado con el apunte siguiente:

«En 1822 compartian los laureles en la ópera de los teatros de *la Cruz y del Príncipe*, las excelentes típles señora *Adelaida Sala* y señora *Dalmani Naldi*. La primera, además, por su arrogante figura y accion teatral, era el idólo de Madrid, y llegó al extremo de cautivar al Conde de Fuentes, grande de España, que se casó con ella. La segunda acaso la superaba en habilidad artistica; pero era extremadamente fea. ARRIAZA, aludiendo á estas circunstancias, dedicó á la última el soneto con ocasion de haber cantado admirablemente la ópera de Rossini *Elisabetta*, y sobre todo el rondó final

*Belle aime generose,
A questo en venite, etc.*

(Nota del Colector.)

XLV.

Contra los ignorantes presumidos, hablando con Don Quijote de la Mancha.

¡Qué hace vuestra merced que no arremete,
Oh Don Quijote, y con sin par bravura
Rompe la envejecida sepultura
En que os dejó tendido Cide-Hamete!
La adarga embrace, vista el coselete,
Y blandiendo en la diestra lanza dura,
Embista la canalla sin ventura
De sandios que á eruditos se nos mete.
Mas ya os oigo decir, hácia mi vuelto:
«Non mi quietud con voces alborotes,
Nin demandas mi ayuda asaz resuelto;
»Pues te fago saber, y es bien lo notes,
Que si anda agora el mundo tan revuelto,
Es sólo porque en él sobran Quijotes.»

XLVI.

Diá'ogo entre el autor y Bollean.

Pobre Horacio frances, quedaste feo;
Tus reglas son ya nulas para España.
—¡Oiga, y qué poesía tan extraña
Se estilaba más allá del Pirineo!
Así falló Minerva.—Ya lo creo;
Si el mochnelo no fué que la acompaña.
—¡Qué arte fuiste á escribir?—El que no daña
Al verso, así en frances como en hebreo.
Pero si no hay barbero en las Castillas
Que cante un *vodevil* (1), ni escrito vive
De tanto necio autor que al polvo humillas.
—Eso que te lo enmiende el que te escribe,
Y en donde hay *vodevil* pon *seguidillas*,
Y en donde un necio autor planta un Olive (2).

XLVII.

Brindando en un convite de bodas.

Constante Celia, á quien la suerte en vano
Contradijo un afecto generoso,
Yo te aplaudo el placer de hacer dichoso
A quien se enlaza á tu preciosa mano.
Amor, que un tiempo te afligió tirano,
Hoy te arrebató en carro victorioso,
Y coronada de su mirto hermoso,
Al tálamo nupcial te lleva ufano.
Al blando yugo allí rindes el cuello;
Y, cediendo á la noche misteriosa,
Te mira el sol en su último destello
Con el cariño que á una flor dichosa,
Que hoy la deja boton cerrado y bello,
Para verla mañana abierta rosa.

XLVIII.

A Olimpia cantando.

Guarda, Olimpia, esa boca seductora,
Que dulcemente canta y dulce rie,
Para aquel orgulloso que se engrie
De que ninguna gracia le enamora.
El ejemplo de una alma que te adora,
Por más que de tus ojos se desvie,
Hará que el más soberbio desconfie
De no rendirse á la fatal cantora.
Yo el suave olor que de tus labios parte,
Y aun el tacto evité de tus vestidos,
Y los ojos cerré por no mirarte;
Pero al sonar tu voz en mis oídos,
Olimpia, vi que para no adorarte
Es menester quedarse sin sentidos.

(1) Vaudevilles son canciones populares satíricas en Francia.
(2) Era el editor del papel público intitulado *La Minerva*, que criticaba la traducción del *Arte Poética* de Bollean, sobre todo por que sus reglas no servían para la poesía española.

XLIX.

A la muerte de la Duquesa de Frias (1830).

Carro fatal, que dividiendo el viento
Al furor de la Parca que te guía,
Sacas del mundo á la que fuera un día
Su embeleso más dulce y su ornamento.
Para ese curso, al general lamento,
Suelta esa presa de la furia impía,
Deja á Piedad vivir como solía,
De amor delicia y de amistad sustento.
¡Mas, sordo tú, la rueda precipitas,
Avaro de entregar su nombre y gloria
Del olvido á las márgenes marchitas!!!
Anda, y renuncia á tu feroz victoria;
Porque, cuando á las Gracias se la quitas,
La adoptan ya las hijas de Memoria.

L.

POESÍA AL SOL,

en los días de la Reina, nuestra señora, doña María Cristina de Borbon (1831).

Templa por hoy ¡oh sol! la abrasadora
Lumbre que tu brillante faz fulmina;
Deja reinar serena y peregrina
La amable luz de la risueña aurora.
La que es delicia á Céforo y á Flora;
Que hace asomar la rosa entre la espina,
Y es como la sonrisa de Cristina,
Que cuanto más se ve, más enamora.
Basta esa risa al día más hermoso,
Y más si la produce el dulce objeto
De quien es madre en brazos de su esposo,
El único..... Mas no; que con respeto
Me responde un acento misterioso:
«El único no es ya..... guarda secreto.»

LI.

A la Reina, nuestra señora (1832).

Mirad la copia del sin par modelo (3)
En que más gracia á más virtud se aúna,
A quien la bella Nápoles dió cuna,
Y trono digno el carpetano suelo.
Miradla atenta á derramar consuelo
Sobre infortunios, tierna y oportuna,
Como refleja la modesta luna
La luz del sol por el nocturno velo.
Ved que espaciando por el vago ambiente
Brillo sus ojos, y su falda flores,
Como el volcan que la miró en su oriente,
Todo lo anima en rayos protectores,
Todo el encanto de Cristina siente,
Y todo es á sus pies dichas y amores.

LII.

En un convite en 1831.

Aunque á cien copas de licor dorado
Junteis, señoras, vuestro ruego expreso,
Nunca haréis ceda de la nieve el peso
Con que está el nimen en mi frente ahogado.
Pasó aquel tiempo en que se vió premiado
Mi verso en alas del amor travieso,
Ganando al labio de una bella el beso
Que estaba, acaso, á mi rival guardado.
Mas si se brinda, á que desde este día
La fortuna, enmendando sus desbarros,
Haga feliz tan noble compañía;
O para celebrar á los b zarros
Que defienden la hispana monarquía,
No apuraré yo copas, sino jarros.

(3) Tomo II de la *Colección litográfica de cuadros del Real Museo*, 1832, frente al retrato de S. M. la reina Cristina, en pie, pintado por D. José de Madrazo y litografiado por Mr. Legrand.

LIII.

Apareciendo el sol en medio de un día muy nublado del invierno, al tiempo de estar celebrando en la mesa los días de su mujer.

¡Qué es esto! ¡Quién nos da de Mayo un día,
En medio del rigor de Enero helado,
De inesperadas flores matizado,
Que las Gracias esparcen á porfía?
Unos dirán que al dios de la armonía,
Otros que á Vénus tal prodigio es dado;
Mas mi pecho, á tu influjo acostumbrado,
Obra tuya lo cuenta, esposa mía.
Si, mi Laura, tu día es una rosa
Nacida, acaso, en medio de la nieve,
Que una espina tan sólo hace enojosa;
Y es que á gozarla el alma no se atreve,
Porque siendo á mi amor tan deliciosa,
Cuanto más dulce pasará más breve.

LIV.

Celebrando el bello canto y ejecución de la señora Henriqueta Lalanda, en las óperas de *Otelo* y *Zelmira*.

Tu voz encanta, tu expresion admira,
Lágrimas llueve á tu gemido el cielo;
Tigre de Hircania fué sin duda Otelo,
Pues no sintió lo que tu canto inspira.
Tú haces grato el dolor, bella la ira,
Sonoro el llanto, armonioso el duelo;
Y no fué objeto del paterno anhelo,
Ni es madre quien no llora con Zelmira.
¡Ah! Si ante tí enmudecen los humanos,
Tierna Henriqueta, y un silencio impone,
No interrumpido con aplausos vanos,
Es que el placer embarga las acciones,
Y les hace olvidar lenguas y manos,
Para sentir que tienen corazones.

ELEGÍAS.

I.

EL DOS DE MAYO EN 1808.

Silencio y soledad, fuentes ocultas
De la meditacion; ¡con qué recuerdos
Volveis á contristar en estos días
De un fiel patriota el noble pensamiento!
Ahora que el sol á las nocturnas sombras
La posesion del mundo va cediendo;
Que las aves desmayan en sus cantos,
Y la humana inquietud busca el sosiego;
Las memorias ilustres de la patria,
Sus desastres, su gloria y sus trofeos
Van precediendo al carro de la noche,
Nuestra mente ocupando en el silencio.
Brillantes fastos de la ilustre Iberia,
¡Oh, cuánto adornaréis el claro templo
De inmortal fama, conservando impresa
La actual historia del hispano pueblo!
En nada ceden los presentes días
En amor patrio y memorables hechos
A los que vieron, con asombro al mundo,
Los Pelayos, los Cides y Toledos.
Testigos sois, oh ruinas de Gerona,
De Zaragoza, oh venerables restos,
Lauros de Talavera y de Arapiles,
Y palmas de Bailén, más puras que ellos.
Vosotros duraréis, doradas tablas
Que en el vasto Océano de los tiempos,
Librarán del naufragio á tantos héroes
Que en vuestros campos con honor murieron.
No las sumergirá profundo olvido,
No del tiempo la hoz..... Pero ¡qué veol
No estoy solo..... Las tropas reunidas
Del trémulo atambor al ronco estruendo.....
Curiosa multitud, que en torno llega

A contemplar dos frios monumentos....
¡Qué dice en el semblante del soldado
Tristeza unida al militar silencio!
¡Qué dice el oro pálido en las urnas!
¡Qué dice el traje lúgubre del pueblo!
Daoiz y Velarde..... ¡Oh malogrados
En flor de juventud! Nobles guerreros,
Como Eurialo y Niso en vida unidos,
Como Eurialo y Niso en gloria muertos,
¡Cuándo brilló más puro el patriotismo
Que cuando, sin deber y sin precepto,
A inevitable muerte os entregásteis,
Por no ver en afrenta el patrio suelo!
Mil aceradas puntas requieran
Una sola baja á vuestros pechos;
Abrieron, sí, mil puertas á la muerte,
Mas nada hallaron sino honor en ellos.
Ahora, á glorioso polvo reducidos,
En esos vasos fúnebres os veo,
Donde arrancais suspiros al soldado,
Y el llanto varonil es vuestro riego.
¡Ah! mejor que en las urnas, vuestros nombres
En el nocturno pabellon del cielo
Van á resplandecer, signos de gloria,
Siguiendo el rayo del planeta hisperio.....
¡Mas ay! también á vuestra fama unido
Luce aquel día atroz..... Mayo risueño,
Aparta de él tus flores; de laureles
Cúbrela sólo, y de cipres funesto.....

¡Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror,
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

Éste es el día que con voz tirana,
Ya sois esclavos, la ambicion gritó;
Y el noble pueblo, que lo oyó indignado,
Muertos si, dijo, pero esclavos no.

El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar;
Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aun más tremendo comenzó á brillar.

¡Ay, cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid!
¡En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!

La lealtad y la perfidia armada
Se vió aquel día con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que aleve le asaltó en su hogar.

¡Y á quién afrentas proponéis, tiranos?
¡A quién al miedo imagináis rendir?
¡Al fiel Daoiz, al leal Velarde,
Que no supieran sin honor vivir?

El mundo aplaude su respuesta hermosa;
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nacion señal.

Temblando vimos al guerrero altivo,
Que en cien batallas no inmutó su faz,
De tanto jóven, que sin armas fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.

Víctimas buscan sus airadas manos,
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el día fué funesto y duro,
Aun más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible al angustiado padre
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche cruel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!

¡Noche fatal, en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truenan de la Parca el fallo,
Y ¡ay! dicen todos, ¿quiénes morirán?

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad;

Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;
Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podeis llorar,